

ACTO SEGUNDO

Plaza en Bruselas.

JETTER y un carpintero se encuentran.

CARPINTERO.—¿No lo había yo predicho? Aún hace ocho días dije en el gremio que iba haber graves trastornos.

JETTER.—¿Es, pues, verdad, que han saqueado las iglesias de Flandes?

CARPINTERO.—Verdad de todo punto; iglesias y capillas quedaron arruinadas. No han dejado más que las cuatro paredes desnudas. ¡Canallas netos que perjudican nuestra causa! Antes, podíamos haber expuesto nuestros derechos á la Regente, con orden y compostura, y sosteniéndolos. Pero ahora, reunámonos, hablemos, y se dirá que nos asociamos á los sediciosos.

JETTER.—Ya. Eso es lo primero que á cada uno se le ocurre. ¿Y tú, qué haces aquí con las narices al viento? ¡Mira que el pescuezo está muy cerca de ellas!

CARPINTERO.—Miedo me da que empiece la tremolina entre la canalla, entre los que no tienen nada que perder. Toman por pretexto lo que nosotros tenemos que reclamar, y traen la desgracia del país.

EGMONT

275

Llega SOEFT.

SOEFT.—Buenos días, señores. ¿Qué hay de nuevo? ¿Es cierto que los iconoclastas están en camino?

CARPINTERO.—Aquí no tocarán á nada.

SOEFT.—En mi tienda entró un soldado á comprar tabaco y preguntéle. Esta vez, á pesar de ser la Regente mujer prudente y valerosa, ha perdido el tino. La cosa debe andar muy mal para que se agazape detrás de sus guardias. El castillo está lleno de tropas, y hasta se sospecha que pretende salir de la ciudad.

CARPINTERO.—No debe hacer tal. A nosotros nos protege con su presencia, y nosotros le hemos de ofrecer más seguridad que sus bigotudos soldados. Si quiere sostener nuestros derechos y nuestras libertades, la traeremos en palmas.

Llega un JABONERO.

JABONERO.—¡Malas van las cosas! No hay tranquilidad, y esto se tuerce. No os estéis ahí parados, no sea que os tomen por revoltosos.

SOEFT.—¡Ya tenemos aquí los siete sabios de Grecia!

JABONERO.—Yo bien me sé que muchos, en secreto, están por los calvinistas, difaman á los obispos y no temen al rey; pero un súbdito fiel, un católico sincero...

Poco á poco va reuniéndose gente de todas clases que
escucha.

Llega VANSÉN.

VANSÉN.—¡Dios os guarde, señores! ¿Qué hay de nuevo?

MAESTRO CARPINTERO.—No os juntéis con ese; es un mal sujeto.

JETTER.—¿No está de escribiente en casa del doctor Wiets?

MAESTRO CARPINTERO.—Ha tenido ya muchos amos. Fué primero escribiente; pero como le echaban sus patrones, uno después de otro, por bribón, chafullea ahora en el oficio de notarios y abogados. Es un bebedor de aguardiente.

Viene más gente y se agrupan en corros.

VANSÉN.—¿Os habéis reunido? Poneos de acuerdo, que bien vale la pena de hablar.

SOEFT.—Eso pienso yo.

VANSÉN.—Si algunos de vosotros tuviesen, en este momento, cabeza y otros corazón, podíamos romper de golpe las cadenas de España.

SOEFT.—No debéis hablar así; hemos jurado al rey.

VANSÉN.—Y el rey á nosotros, tenedlo en cuenta.

JETTER.—¡Eso es hablar! Decid vuestra opinión.

ALGUNOS OTROS.—¡Oiga! Éste entienda la cosa; es agudo.

VANSÉN.—Tenía un patrón viejo que poseía pergaminos y cartas de antiquísimas fundaciones, contratos y privilegios; gustaba de los libros más raros. En uno de ellos estaba toda nuestra Constitución; de cómo los neerlandeses fuimos primeramente gobernados por

principes especiales, que lo hacían conformándose en todo á nuestros derechos, costumbres y privilegios establecidos. De cómo nuestros antepasados tenían absoluto respeto á sus príncipes, cuándo regían con justicia, y cómo sabían precaverse contra ellos en el caso contrario. Las asambleas se reunían en un momento, pues cada provincia, por pequeña que fuese, tenía su junta legislativa y su municipio.

MAESTRO CARPINTERO.—¡Callaos! Hartos estamos de saber eso; todo vecino honrado tiene de la Constitución el conocimiento que necesita.

JETTER.—Dejadle hablar; siempre se aprende algo.

SOEFT. Tiene muchísima razón.

MUCHOS.—¡Contad, contad! Esto no lo oye uno todos los días.

VANSÉN.—¡Así sois, ciudadanos! Sólo vivís al día, y si recibisteis de vuestros padres vuestro modo de vivir, dejáis al gobierno que haga de vosotros lo que se le antoje y pueda. No os cuidáis ni de usanzas, ni de historia, ni de derecho de los príncipes, y por esta negligencia es por lo que el español os ha echado la red por las orejas.

SOEFT.—¿Y quién va á pensar en eso cuando se tiene el pan de cada día?

JETTER.—¡Malhaya! ¿Por qué no sale cualquiera á decirnos esas cosas en tiempo oportuno?

VANSÉN.—Os las digo yo ahora. El rey de España, que por casualidad está en posesión de todas las provincias reunidas, no puede, sin embargo, hacer y deshacer en

el gobierno, ni más ni menos que los pequeños príncipes, que en otro tiempo las poseían sueltas. ¿Comprendéis esto?

JETTER.—Explicádnoslo.

VANSEN.—Es tan claro como el sol. ¿No tenéis derecho á ser regidos por las leyes de vuestra tierra? ¿Qué quiere decir esto?

UN VECINO.—¡Verdaderamente!

VANSEN.—¿No tiene otros derechos el de Bruselas que el de Amberes? ¿El de Amberes que el de Gante? ¿Qué quiere, pues, decir esto?

OTRO VECINO.—¡Por Dios!

VANSEN.—Pero si dejáis correr las cosas como van, pronto os las harán ver de otro modo. ¡Es una vergüenza! ¡Lo que Carlos el Temerario, Federico el Guerrero y Carlos V no pudieron, lo está haciendo ahora Felipe por conducto de una mujer!

SOEFT.—¡Ya! ¡Ya! También los príncipes antiguos lo intentaron.

VANSEN.—¡Sí, que nuestros antepasados gastaban chanzas! Cuando estaban descontentos de un señor, le secuestraban algo, así como su hijo y heredero, teníanlo con ellos y no lo soltaban sin las mejores estipulaciones. ¡Nuestros padres eran hombres! ¡Sabían lo que les convenía! ¡Sabían alcanzar ventajas y afianzarlas bien! ¡Hombres legítimos! De ahí que nuestros privilegios sean tan claros, nuestras libertades tan seguras.

JABONERO.—¿Libertades decís?

PUEBLO.—¡Nuestras libertades, nuestros privilegios! Contadnos algo de nuestros privilegios.

VANSEN.—Aunque están distribuidos entre todas las provincias, nosotros, los brabantinos, somos los más favorecidos. Yo lo he leído todo.

SOEFT.—Principiad.

JETTER.—Oigamos.

UN VECINO.—Os lo suplico.

VANSEN.—Primeramente está escrito: «El duque de Brabante ha de ser para nosotros un señor bueno y leal.»

SOEFT.—¿Bueno? ¿Lo dice así?

JETTER.—¿Leal? ¿Es verdad eso?

VANSEN.—Como os lo digo. Está obligado á nosotros como nosotros lo estamos á él. «Segundo: no puede usar la fuerza ni la arbitrariedad contra nosotros, ni dárselo á entender, ni consentir en tal pensamiento, bajo ningún concepto.»

JETTER.—¡Soberbio, soberbio! No puede usarla.

SOEFT.—¡Ni dárselo á entender!

OTRO.—¡Ni consentir en tal pensamiento! Este es el punto principal. No consentírsele á nadie, bajo ningún concepto.

VANSEN.—Con palabras expresivas.

JETTER.—Procuradnos ese libro.

UN VECINO.—Sí, deberíamos tenerlo.

OTROS.—¡El libro! ¡El libro!

OTRO.—Iremos á ver á la Regente, con el libro.

OTRO.—Vos llevaréis la palabra, señor doctor.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

JABONERO.—¡Majaderos!

OTROS.—¡Decidnos algo más del libro!

JABONERO.—¡Si dice una palabra más, le rompo las mandíbulas!

PUEBLO.—¡Veremos quién es el guapo que se atreve á tocarle! ¡Decidnos algo de los privilegios! ¿Tenemos aún más?

VANSEN.—De muchas suertes, muy buenos y muy provechosos. Dice así: «El Señor del país no debe reformar ni aumentar el clero, sin el consentimiento de la nobleza y de las cortes del reino.» ¡Fijaos en esto! Ni tampoco cambiar el gobierno del país.

SOEFT.—¿Es así?

VANSEN.—Os puedo enseñar escrituras de doscientos y trescientos años.

VECINO.—¿Y toleramos á los obispos nuevos? ¡Que la nobleza nos sostenga y armamos la guerra!

OTROS.—¿Vamos á dejarnos intimidar por la Inquisición?

VANSEN.—Vuestra es la culpa.

PUEBLO.—Aun tenemos á Egmont y á Orange, que miran por nuestros intereses.

VANSEN.—Vuestros hermanos de Flandes han empezado ya la buena obra.

JABONERO.—¡Perro! (Le pega.)

OTROS.—(Se le oponen y exclaman.) ¿También tú eres español?

OTRO.—¡Cómo se entiende! ¡Maltratar á este hombre respetable!

OTRO.—¡A este sabio! (Atacan al jabonero.)

MAESTRO CARPINTERO.—¡En nombre del cielo! ¡Paz señores! (Otros se mezclan en la lucha.) Vecinos, ¿qué es esto?

(Los muchachos silban y tiran piedras, azuzando á los perros; algunos vecinos miran embobados; unos vienen corriendo; otros van tranquilamente de una parte á otra; muchos hacen toda suerte de pantomimas, gritan y saltan.)

UNOS.—¡Libertad y privilegios! ¡Privilegios y libertad!

Entra EGMONT con su escolta.

EGMONT.—¡Orden, orden, señores! ¿Qué ocurre? ¡Separaos!

MAESTRO CARPINTERO.—¡Señor, llegáis como un ángel del cielo! ¡Silencio! ¿No le veis? El conde Egmont. ¡Respetad al conde Egmont!

EGMONT.—¿Aquí también? ¿Qué quiere decir esto? ¡Vecinos contra vecinos! ¿Ni la proximidad siquiera de nuestra augusta Regente contiene vuestra insensatez? Separaos; id á vuestros menesteres; mal síntoma es vacar en día de labor. ¿Qué ha sido?

(Apaciguase poco á poco el tumulto, y todos le van rodeando.)

MAESTRO CARPINTERO.—Se dan de cachetes por sus privilegios.

EGMONT.—Que, sin embargo, destruyen á ciencia y conciencia. ¿Y vos, quien sois? Me parecéis hombre de bien.

MAESTRO CARPINTERO.—Eso procuramos.

EGMONT.—Vuestro oficio.

MAESTRO CARPINTERO.—Carpintero y maestro del gremio.

EGMONT.—¿Y vos?

SOEFT.—Mercero.

EGMONT.—¿Y vos?

JETTER.—Sastre.

EGMONT.—Ya recuerdo: habéis trabajado en las libreas de mis criados. Os llamáis Jetter.

JETTER.—Favor es que lo recordéis.

EGMONT.—No olvido fácilmente á quien he visto y hablado una vez. En cuanto dependa de vosotros mantener el orden, hacedlo. Tenéis bastante mala nota; no irritéis más al Rey, que al fin y al cabo, tiene el poder en sus manos. Un ciudadano pacífico, que se mantiene honrada y laboriosamente, en todas partes tiene la libertad que necesita.

MAESTRO CARPINTERO.—¡Ah, sí! Ahí está nuestro mal. Los camorristas, los haraganes, los borrachos, los perezosos—con permiso de vuestra Excelencia—que por aburrimiento y por hambre andan á la rebusca de privilegios y cuentan mentiras á los amigos de novedades, á los crédulos, para que les paguen un jarro de cerveza, son los que promueven disturbios, que hacen desgraciados á tantos miles de hombres. De esto sacan ellos precisamente su provecho. Guardamos muy bien cerradas nuestras casas y nuestras cajas, y nos querrían separar de ellas con tizones encendidos.

EGMONT.—Encontraréis toda suerte de apoyo; hanse tomado medidas para rechazar vigorosamente el mal.

Manteneos firmes contra la doctrina extranjera, y no creáis que con la agitación se afirman los privilegios. Permaneced en vuestras casas y no consintáis grupos en la calle. Los hombres sensatos pueden hacer mucho. (Entretanto, la mayor parte de la gente se ha ido.)

MAESTRO CARPINTERO.—¡Muchas gracias á su Excelencia; muchas gracias por su buena opinión! Todo lo que de nosotros dependa. (Vase Egmont.) ¡Qué señor tan llano! ¡Neerlandés legítimo! ¡No tiene nada de español!

JETTER.—¡Si lo tuviéramos de Regente! Da gusto obedecerle.

SOEFT.—Así lo entiende el Rey. La plaza la ocupan siempre él y los suyos.

JETTER.—¿Has visto el traje? Es á la última moda, corte español.

MAESTRO CARPINTERO.—¡Hermoso caballero!

JETTER.—¡Buen bocado su cuello para un verdugo!

SOEFT.—¿Estás loco? ¿Qué es lo que te se va á ocurrir?

JETTER.—Es bastante atrocidad que se le ocurran á uno tales cosas. Cuando veo un pescuezo grande y hermoso, sin quererlo, se me viene al pensamiento: «¡buena decapitación!» ¡Malditas ejecuciones; no se pueden desear del magín! Cuando nadan los muchachos y veo una espalda desnuda, al momento se me ocurren á docenas las que he visto azotar. ¿Tropiezo con una buena panza? En seguida me figuro que la estoy viendo asar atada á un poste. Por la noche, en sueño, me se atazan todos los miembros; no tiene uno hora alegre.

Cualquier chanza, cualquiera diversión se olvida al momento. Las imágenes terroríficas parece que me las han impreso en la frente con un hierro candente.

Habitación de Egmont.

Mesa con papeles: el SECRETARIO se levanta impaciente.

SECRETARIO.—No acaba de venir, y hace dos horas que espero, con la pluma en la mano y el papel delante; precisamente hoy, que quería salir temprano. Parece que me arden las plantas de los pies; la impaciencia no me deja parar: «estad á la hora en punto» díjome antes de marchar, y luego no viene. Hay tanto que hacer, que no habré terminado antes de las doce de la noche. Verdad es que á veces hace la vista gorda; pero preferiría que fuese más riguroso y me soltase al tiempo justo; podría uno formar sus planes. ¡Del lado de la Regente hace ya dos horas que salió! ¿Quién sabe á quién habrá cogido en el camino?

EGMONT entra.

EGMONT.—¿Cómo anda eso?

SECRETARIO.—Yo estoy dispuesto, y tres correos aguardan.

EGMONT.—Te he hecho esperar mucho tiempo; ¿pones una cara lastimosa.

SECRETARIO.—En cumplimiento de vuestras órdenes, espero hace mucho tiempo. Aquí están los papeles.

EGMONT.—Doña Elvira va á incomodarse conmigo, si sabe que te he detenido.

SECRETARIO.—Os chanceáis.

EGMONT.—No, no; no te avergüences; das pruebas de buen gusto. Es bonita y me parece muy bien que tengas en palacio una amiga. ¿Qué dicen las cartas?

SECRETARIO.—Muchas cosas y poco agradables.

EGMONT.—Por eso es bueno tener el gusto en casa y no necesitar que nos venga de fuera. ¿Han venido muchas?

SECRETARIO.—Bastantes, y aguardan tres correos.

EGMONT.—Dime lo más preciso.

SECRETARIO.—Todo es preciso.

EGMONT.—Ve diciendo, de prisa.

SECRETARIO.—El capitán Breda envía relación de lo que ha ocurrido en Gante y en las comarcas circunvecinas. El tumulto se ha calmado casi por completo.

EGMONT.—¿Describe detalladamente atropellos y desacatos?

SECRETARIO.—Sí; muchos.

EGMONT.—Dispénsame de ellos.

SECRETARIO.—Han cogido á otros seis que derribaron en Verwick la imagen de la Virgen; pregunta si también los ha de ahorcar.

EGMONT.—Cansado estoy de tanta horca; que los azoten y los dejen ir.

SECRETARIO.—Dos son mujeres; ¿deben también azotarlas?

EGMONT.—Que las amonesten y que se vayan.

SECRETARIO.—Brink, de la compañía de Breda, desea

casarse; el capitán espera que no le daréis el consentimiento. Hay tantas mujeres con la tropa, dice, que si llegan á salir, más que una marcha de soldados parecerá aquello una tribu de gitanos.

EGMONT.—A éste tengo que permitírselo; es un guapo chico, que me lo pidió encarecidamente antes de mi salida; pero ya no lo consentiré nunca más, por muy doloroso que me sea privar de su mejor diversión á los pobres diablos, que tantas plagas tienen encima.

SECRETARIO.—Dos de vuestros hombres, Seter y Hart, han abusado de una tal Madel, hija de un posadero. La cogieron sola, y la moza no pudo defenderse.

EGMONT.—Si ella es muchacha honrada y le han hecho violencia, quiero que los apeleen tres días seguidos; y si tienen haberes, que se tome de ellos lo que sea preciso para formar su dote á la muchacha.

SECRETARIO.—Uno de los catequistas extranjeros, que fué secretamente á Comines, ha sido descubierto; jura que su idea era pasar á Francia. Según la ley, debe ser decapitado.

EGMONT.—Que lo pongan secretamente en la frontera, asegurándole que si viene segunda vez, no se volverá así.

SECRETARIO.—Una carta de vuestro recaudador. Dice que recoge poco dinero, y difícilmente podrá enviar, en la semana, la suma pedida; el tumulto ha causado la mayor confusión en todas las cosas.

EGMONT.—El dinero, que venga; vea él cómo puede reunirlo.

SECRETARIO.—Dice que hará cuanto le sea posible, y que, en último término, demandará á Raymond, que es vuestro deudor hace tanto tiempo, y lo hará prender.

EGMONT.—¿Pero si ha prometido pagar?

SECRETARIO.—La última vez fijó él mismo el plazo de quince días.

EGMONT.—Pues que se le den otros quince, y después que se proceda contra él.

SECRETARIO.—Hacéis bien; no le faltan posibles, sino buena voluntad. Ya tendrá ansia, por cierto, cuando vea que no va de broma. El recaudador dice después que quiere retener el estipendio de medio mes á los veteranos, á las viudas y algunos otros á quienes dáis pensiones. Entretanto, se podrá pensar lo más conveniente, y ellos, que se compongan.

EGMONT.—¿Cómo se han de componer? Esas gentes tienen más necesidad del dinero que yo. Déjeseles estar.

SECRETARIO.—Entonces, ¿de dónde mandáis que tome el dinero?

EGMONT.—Eso, que lo discurra él; en carta anterior ya se le ha dicho.

SECRETARIO.—Por eso hace proposiciones.

EGMONT.—Que no sirven. Tiene que idear otra cosa cualquiera; hacer proposiciones aceptables y, ante todo, procurarse dinero.

SECRETARIO.—He vuelto á poner aquí la carta del conde Oliva. Perdonad si os lo recuerdo. El anciano señor merece, antes que otro alguno, detallada respuesta.

Pensabais escribirle de vuestro puño y letra: ciertamente os ama como un padre.

EGMONT.—No puedo. Entre todas las cosas odiosas, no hay para mí nada más odioso que el escribir. Puesto que imitas tan bien mi letra, escríbele en nombre a mí. Espero á Orange. Pero, aunque yo no lo haga, desearía que le pusieses algo bien tranquilizador acerca de sus escrúpulos.

SECRETARIO.—Decidme, poco más ó menos, vuestra idea. Voy á poner la contestación, y os la mostraré. Será escrita de manera que pase como de vuestra mano.

EGMONT.—Dame la carta. (Después de haberla recorrido con la vista.) ¡Bondadoso y honrado anciano! ¿Eras en tu mocedad tan circunspecto? ¿No escalaste nunca una muralla? ¿Quedábaste en las batallas donde la prudencia aconseja, detrás? ¡Buen previsor! Quiere mi felicidad y mi vida, sin comprender que ya está muerto aquel que quiere vivir seguro. Dile que esté sin cuidados, que obro como debo, que ya me cuidaré; que puede usar en mi favor de su influencia en la corte; que tenga la seguridad de mi completo agradecimiento.

SECRETARIO.—¿Nada más? ¡Oh! Él esperaba otra cosa.

EGMONT.—¿Qué más he de decir? Si quieres añadir más palabras, hazlo como te se antoje. Cuanto me dice gira sobre el mismo punto: que viva como no puedo vivir. Estar alegre, tomar ligeramente las cosas, vivir de prisa, esta es mi felicidad, y no la trueco por la seguridad de una bóveda mortuoria. No tengo en mis venas ni una gota de sangre del modo de ser español, ni gana

de modelar mis pasos por la nueva y cautelosa cadencia de la corte. ¿No he de gozar del momento presente, sólo para asegurarme del que le seguirá, y éste consumirle de nuevo con inquietudes y manías?

SECRETARIO.—Señor: os suplico que no seáis tan duro y áspero con este buen caballero, ya que con todos los demás sois afable. Decidme una palabra de afecto que dé sosiego á vuestro noble amigo. Ved cuán atento está, con qué delicadeza os toca.

EGMONT.—Sí, pero toca siempre la misma cuerda. De antiguo sabe cuán odiosas me son estas amonestaciones. Inducen á errar, y para nada sirven. Si fuese yo sonámbulo y me pasease por el tejado más peligroso de la casa, ¿sería amistoso llamarme por mi nombre y avisarme, para que al despertar me matase? Dejen que cada uno siga su camino; ya sabrá guardarse.

SECRETARIO.—Bien parece en vos el no cuidaros; pero los que os conocen y os aman...

EGMONT.—¡Otra vez saca á colación historia antigua! Lo que hablamos y propusimos una noche, en el calor y la expansión que da el vino, y las consecuencias que sacaron y comentarios que de ello hicieron en todo el reino. ¡Bueno! Que hemos hecho coser en las mangas de nuestros lacayos gorros de cascabeles y sayos de locura, y que luego cambiamos estos adornos estrafalarios por haces de flechas, símbolo más peligroso aún para todos los que buscan significado en lo que nada significa. Estas locuras tuvieron origen, como todas, en un momento de broma y alegría. ¿Es culpa nuestra

que una esclarecida tropa, provista de alforjas y mote, elegido por ella misma, recordase con burlesca humildad al Rey sus deberes? Es más: ¿Puede considerarse alta traición una broma de Carnaval? ¿Hánsenos de tomar á mal los abigarrados girones con que la imaginación excitada y la osadía de la juventud se complace en cubrir la miserable desnudez de la vida? ¿Qué hay en ella, si sólo la tomamos por lo serio? ¿Si la mañana no nos despierta para goces nuevos; si la noche no nos hace esperar algún placer? ¿Vale la pena vestirse y desnudarse? ¿Acaso luce sobre mí hoy el sol, para que yo medite lo que pasó ayer y para adivinar y consolidar lo que no se adivina ni se consolida: el destino del día venidero? Dispénsame de estas consideraciones; dejémoslas á los estudiantes y á los cortesanos. Piensen ellos y discurren, anden y deslicense, lleguen hasta donde alcancen y atrapen lo que pudieren. Si de todo esto puedes utilizar alguna cosa, sin que tu epístola sea un libro, á mí me parecerá bien. Á todo da el buen viejo la mayor importancia. Así el amigo que ha tenido largo tiempo cogida nuestra mano, la estrecha con más fuerza antes de soltarla.

SECRETARIO.—¡Perdonadme! Al hombre que camina paso á paso, cáusale vértigo ver á otro pasar en carruaje á escape.

EGMONT.—¡Niño, niño, no sigas! Cual por invisibles espíritus fustigados, cruzan el tiempo los caballos del sol, llevándose el ligero carro de nuestro destino, y no nos queda otro recurso que, animados de valor, tener

bien firmes las riendas, y unas veces á la izquierda y otras á la derecha, desviar las ruedas, aquí de una piedra y allí de un precipicio. ¿Á dónde va? ¿Quién lo sabe; apenas se acuerda uno de dónde viene!

SECRETARIO.—¡Señor! ¡Señor!

EGMONT.—Estoy muy alto y puedo y debo subir más todavía. Tengo esperanza, valor y fuerza; aun no he llegado al punto culminante de mi crecimiento; y una vez en él, me sostendré firme y no trémulo. Si caigo, si el rayo, el huracán ó un paso dado en falso me arrojan al abismo, allí me encontraré con muchísimos más. Nunca me he esquivado de compartir con mis buenos compañeros de guerra, por pequeña ganancia, el lote sangriento. ¿Había de andar con nimiedades, cuando se trata del valor supremo de la vida?

SECRETARIO.—¡Oh, señor! ¡No sabéis qué palabras estáis diciendo! ¡Dios os tenga de su mano!

EGMONT.—Recoge tus papeles. Ya viene Orange. Despacha lo más necesario, para que salgan los correos antes que se cierren las puertas. Para lo otro hay tiempo. Quede la carta del conde hasta mañana. No dejes de visitar á Elvira y saludala en mi nombre. Averigua cómo está la Regente; no debe estar bien, aunque lo oculta. (Vase el Secretario.)

ORANGE entra.

EGMONT.—Bienvenido, Orange. Me parecéis preocupado.

ORANGE.—¿Qué decís de nuestra conversación con la Regente?

EGMONT.—No he encontrado nada extraordinario en su manera de recibirnos. Ya la he visto así otras veces; me parece que no se encuentra del todo bien.

ORANGE.—¿No la habéis notado más reservada? En un principio aprobó tranquilamente nuestra conducta, con motivo del nuevo alboroto del pueblo; después, advirtió que, sin embargo, podía verse con luz falseada. Llevó luego la conversación á sus temas antiguos de costumbre: que si nunca se había hecho bastante justicia á sus procedimientos afectuosos, á su amistad por nosotros los neerlandeses; que si había obrado demasiado de ligero; que nada le podía salir como deseaba; que al fin y al cabo llegaría á cansarse; que era posible se decidiese el Rey á tomar otras medidas. ¿Lo habéis oído?

EGMONT.—No todo; estaba pensando en otra cosa. Es mujer, mi buen Orange, y ellas gustan de que todo se incline dócil bajo su yugo suave; que cada Hércules deponga la piel de león y aumente su círculo de hilanderas; como tienen inclinaciones pacíficas, querrían que la fermentación que se apodera de un pueblo, la tempestad que levanta poderosas rivalidades, unas contra otras, todo cediese con una de sus palabras amables, uniéndose los elementos más opuestos en dulce concordia á sus pies. Ella está en este caso, y como no puede llevar las cosas al punto apetecido, no encuentra otro camino que volverse caprichosa, quejarse de ingratitud y de imprudencias, pronosticar pavorosas perspectivas

del porvenir, y amenazar con que... quiere marcharse.

ORANGE.—¿Y no crees que pueda ahora ejecutar su amenaza?

EGMONT.—¡Nunca! ¡Cuántas veces la he visto ya preparada para el viaje! ¿Á dónde ha de ir? Aquí es gobernadora, es Reina. ¿Creéis que la divertiría devanar el hilo de una existencia insignificante en la corte de su hermano, ó irse á Italia y ceñirse á un círculo de antiguas relaciones de familia?

ORANGE.—No os parece posible esta determinación, porque la habéis visto contemporizar; la habéis visto retroceder. Sin embargo, persiste en ella, y nuevas circunstancias pueden decidirla. ¿Si ella se fuese y el Rey mandase á otra persona?

EGMONT.—Vendría y hallaría qué hacer. Traería grandes planes, proyectos é ideas para enderezarlo, someterlo y sujetarlo todo, y hoy tendría que ocuparse en esta pequeñez, mañana en la otra, pasado mañana tropezaría con aquel estorbo. Pasaría un mes haciendo proyectos; otro doliéndose de sus fracasadas empresas; medio año entretenido con el cuidado de una sola provincia. El tiempo se le pasaría; devanaríase los sesos, y las cosas seguirían su curso, como antes. Y puesto que en vez del anchuroso mar, sólo tendría para navegar la línea recta, podría dar gracias á Dios, si en la borrasca libraba su barca de los escollos.

ORANGE.—¿Y si aconsejasen al Rey que hiciese una prueba?

EGMONT.—¿Y qué prueba sería esa?

ORANGE.—Ver lo que podría acometer un cuerpo sin cabeza.

EGMONT.—¿Cómo?

ORANGE.—Egmont, muchos años hace que, con el mayor interés, estudio nuestros asuntos. Siempre estoy como si jugara al ajedrez, y no tengo por insignificante ninguna jugada del contrario. Así como ciertos hombres ociosos se ocupan, con la mayor atención, en los secretos de la naturaleza, yo considero el deber, la vocación de un príncipe, conocer los designios, las ideas de todos los partidos. Tengo motivos para temer un rompimiento. El Rey viene hace mucho tiempo obrando de acuerdo con ciertos principios; ve que no le dan resultados. ¿Hay nada más natural que trate de buscar este resultado por otro camino?

EGMONT.—No lo creo. Cuando un hombre se hace viejo y ha hecho tantas pruebas, sin conseguir poner en orden nada en el mundo, concluye por cansarse.

ORANGE.—Una cosa hay que no ha probado.

EGMONT.—¿Cuál?

ORANGE.—Tratar con miramientos al pueblo y perder á los príncipes.

EGMONT.—¿Cuántos hay que vienen temiendo eso hace tiempo! ¡No hay cuidado!

ORANGE.—Antes me inspiraba cuidado; poco á poco el cuidado se convirtió en sospecha; ahora, es certidumbre.

EGMONT.—¿Pero tiene el Rey servidores más fieles que nosotros?

ORANGE.—Servímosle á nuestra manera; y acá entre los dos, podemos confesar que sabemos equilibrar bien los derechos del Rey con los nuestros.

EGMONT.—¿Y quién no lo hace? Somos sus súbditos y estamos prontos á servirle, en aquello que le es debido.

ORANGE.—¿Pero si él se atribuye más, y llama deslealtad á lo que nosotros llamamos mantener nuestros derechos?

EGMONT.—Nos defenderíamos. Que convoque á los caballeros del Toisón y nos dejaremos juzgar.

ORANGE.—¿Y si hubiera sentencia antes de la información, castigo antes de la sentencia?

EGMONT.—Sería una injusticia, de la cual Felipe nunca se hará reo, y un desatino de que no creo capaz ni á él ni á sus consejeros.

ORANGE.—¿Y si fuesen injustos é insensatos?

EGMONT.—No, Orange, no es posible. ¿Quién había de ser osado á poner su mano en nosotros? Prendernos, sería empeño infructuoso y perdido. No; no se atreven á izar tan alto el pendon de la tiranía. El soplo que extendiese esta noticia por el país, produciría pavoroso incendio. ¿Qué sacarían con eso? El Rey solo, no puede juzgarnos ni condenarnos. ¿Haríanse nuestros asesinos? No pueden quererlo. Al instante el pueblo se uniría en liga tremenda, declarando violentamente odio al nombre español y separación eterna.

ORANGE.—En cuyo caso las llamas alzaríanse sobre nuestra tumba, y la sangre de nuestros enemigos co-

rrería cual inútil víctima expiatoria. Pensémoslo bien, Egmont.

EGMONT.—¿Y cómo podrían?

ORANGE.—Alba está en camino.

EGMONT.—No lo creo.

ORANGE.—Lo sé.

EGMONT.—La Regente nada parecía saber.

ORANGE.—Eso me convence más. La Regente le hará sitio, conozco sus disposiciones sanguinarias, y trae consigo un ejército.

EGMONT.—Para gravar de nuevo las provincias. Grande será el descontento del pueblo.

ORANGE.—Asegurarán las cabezas.

EGMONT.—¡No! ¡No!

ORANGE.—Vayámonos cada uno á su provincia, y allí, fortifiquémonos: no ha de comenzar por la fuerza abiertamente.

EGMONT.—¿No hemos de saludarle á su llegada?

ORANGE.—Nos demoramos.

EGMONT.—¿Y si al llegar exige, en nombre del Rey, que nos presentemos á él?

ORANGE.—Buscaremos subterfugios.

EGMONT.—¿Y si nos apremia?

ORANGE.—Nos disculparemos.

EGMONT.—¿Y si se obstina?

ORANGE.—Entonces, vendremos menos.

EGMONT.—Y se declara la guerra y somos rebeldes. Orange: no os dejéis seducir por la prudencia, que bien sé no es el miedo el que os hace retiraros. Reflexionad.

ORANGE.—He reflexionado.

EGMONT.—Ved, si os equivocáis, que os hacéis culpable de la más degastosa guerra que jamás haya assolado un país. Vuestra retirada es la señal que llama las provincias á las armas, que justifica todas las crueldades, para lo cual España siempre se agarra á cualquier pretexto. A un signo vuestro, vais á poner en la confusión más tremenda lo que por tanto tiempo, y á costa de tanto trabajo, tuvimos apaciguado. Pensad en las ciudades, en la nobleza, en el pueblo, en el comercio, en la agricultura, en la industria, y pensad en el saqueo y en el asesinato. El soldado, en el campo de batalla, ve sereno caer á sus compañeros al lado suyo; pero cuando contempléis horrorizado bajar por el río los cadáveres de paisanos, niños y doncellas, no sabréis cuál es la causa que defendéis, puesto que ha arruinado á aquellos por cuya libertad empuñasteis las armas. Y qué será, cuando en silencio tengáis que confesaros: «¡las empuñé por mi seguridad!»

ORANGE.—No somos personalidades aisladas, Egmont. Si parece bien que nos prodiguemos por mil, parecerá igualmente bien que nos reservemos por mil.

EGMONT.—El que se reserva se hace sospechoso á sí mismo.

ORANGE.—Quien se conoce á sí mismo, puede ir adelante ó atrás, con toda seguridad.

EGMONT.—El mal que teméis, lo provocáis con vuestra acción.

ORANGE.—Prudente es y atrevido provocar lo inevitable.

EGMONT.—En peligro tan grande, la más ligera esperanza debe tenerse en cuenta.

ORANGE.—Ya no tenemos sitio para el más leve paso; ante nosotros está el abismo en seco.

EGMONT.—¿Es el favor del Rey tan escaso terreno?

ORANGE.—Escaso no, pero sí resbaladizo.

EGMONT.—¡Por Dios, que no se le hace justicia! No puedo sufrir que se piense indignamente de él; es el hijo de Carlos, é incapaz de toda bajeza.

ORANGE.—Los reyes no hacen bajezas.

EGMONT.—Se le debería conocer.

ORANGE.—Precisamente este conocimiento nos aconseja no aguardar una prueba peligrosa.

EGMONT.—Ninguna prueba es peligrosa para el que tiene el valor de afrontarla.

ORANGE.—Estáis irritado, Egmont.

EGMONT.—Yo necesito ver por mis propios ojos.

ORANGE.—¡Oh! ¡Que no veas esta vez sólo por los míos! ¡Te figuras que ves porque los has abierto! Yo me voy: ¡aguarda, pues, la llegada de Alba, y que Dios sea contigo! Quizá te salve mi retirada; quizá el dragón crea que no ha encontrado nada, si no nos engulle á los dos; quizá aplace su proyecto para ejecutarlo con más seguridad, y tal vez, entre tanto, verás las cosas como son. Pero cuando ese momento llegue, ¡pronto pronto, ponte en salvo! ¡Adiós! Que no descansen tu atención: fijate en cuántos hombres trae consigo, cómo ocupa la ciudad, qué poder le queda á la Regente, cuál es la actitud de nuestros amigos. Dame noticias... ¡Egmont!...

EGMONT.—¿Qué quieres?

ORANGE.—¡Déjate convencer! ¡Ven conmigo!

EGMONT.—¡Cómo! ¿Lágrimas, Orange?

ORANGE.—Llorar á un amigo perdido, es acto varonil.

EGMONT.—¿Me consideras perdido?

ORANGE.—¡Lo estás! Piensa en ello; todavía te queda un plazo corto. ¡Adiós! (Vase.)

EGMONT.—(Solo.) ¡Que han de ejercer tanta influencia las ideas de los demás en nosotros! Nunca me había sucedido, pero este hombre me ha contagiado con sus temores... ¡Fuera!... Esto es una gota extraña en mi sangre, que la buena naturaleza desecha. Para desarraigarme mi frente hay todavía un medio gratisimo.